

EL BALSAMO DE LAS TRES VIRTUDES



A MI QUERIDO AMIGO EL ILUSTRADO BASCÓFILO D. DOMINGO DE AGUIRRE.

A guisa de prólogo.

Bien sabe Dios, mi querido Chomin, que no tengo pujos de erudito, ni hay para qué, y usted también sabe que en punto á ciencia ninguno calzo.

A mayor abundamiento, jamás me ha dado por aspirar el polvo de viejos papeles y antiguos libros para extraer de ellos la quinta esencia de la sabiduría, ni se me ha ocurrido nunca meter las narices por entre sillares de derruido palacio para ver si algun antdiluviano lagarto me cuenta algo de la edad prehistórica.

Hasta poco hace no habia sentido deseos de desentrañar recónditos misterios de tiempos pasados, y me tenian perfectamente tranquilo lo que decirme pudieran pergaminos y piedras; pero desde nuestra última entrevista varió la cosa y héme convertido en investigador decidido de cuantos hechos acaecieron en las pretéritas edades.

Y hasta siento impulsos de filosofar un poco acerca de la conveniencia que reporta á los aficionados á estudios literarios las reuniones como la que tuvimos el lunes 6 del próximo pasado Noviembre, porque de ellas se sacan ópimos frutos y nuevos ánimos para no desmayar en el camino emprendido.

Mas dejémonos de filosofías, mi cariñoso amigo, que ni son del caso presente ni han de servir para algo provechoso, y vamos al asunto.

Creo que estará usted conforme conmigo en que las historias nada dicen de una poderosísima nación denominada Euskaria, rica y esplendorosa como ninguna; y claro está que, no hablándose de ella, tampoco se dice nada de sus sabias leyes, de sus valientes guerreros, de las virtudes que atesoraban y que hacían felices á los moradores de aquella privilegiada nación, de los monarcas que la gobernaron.

Y si la historia se calla, muda permanece la leyenda, que ninguna tradición refiere de Euskaria, haciendo dudar al creyente más sincero de la existencia de aquel inmenso reino, de aquel imperio más floreciente que el de los Faraones.

Sin embargo de este absoluto silencio que la historia y la leyenda guardan, tengo para mí que no es fábula que hubo un pueblo que se llamó Euskaria, ¡y quién sabe si de él descendemos los que hoy nos llamamos euskaros! ¡Quién sabe si el nombre de Euskaria que hoy se da á este país, se debe al recuerdo que nuestros antepasados conservaban de su amada tierra, y en virtud de ese recuerdo bautizaron á este rincón con el nombre de la patria perdida!

¿Hase probado acaso el origen de nuestra raza? Que es antiquísimo, que su rica lengua es como pocas filosófica y en nada se parece á las conocidas en los modernos tiempos está hoy al alcance de todos; pero las nebulosidades en que se halla envuelta la raíz de la familia euskara no han podido desaparecer, á pesar de todas las luces que se han encendido.

Con los incompletos datos que poseo no me es posible precisar en qué parte del mundo tuvo su asiento Euskaria, aunque me inclino á pensar que debió de ser lejos de aquí.

Los pergaminos que de ella hablan, y que impensadamente fueron hallados en un desván de secular palacio, se encuentran muy borrosos, carcomidos por el tiempo y roídos por los ratones, y solo á fuerza de ímprobo trabajo he podido sacar de ellos lo que va á continuación.

I.

Euskaria.

Todas las magnificencias, todos los esplendores que del pueblo de Egipto nos cuentan, no pueden admitir comparación con los del rico y floreciente imperio de Euskaria, y ninguno de los Faraones llegó á igualar en grandeza y poderío al euskaro monarca Onajaun, padre de sus pueblos, tutor de los débiles y amparo de los desgraciados.

En su reinado florecieron las artes, se engrandeció la industria, el comercio llegó á su apogeo, las letras adquirieron un completo desarrollo, y el árbol de la paz esparció por toda la nación sus benéficos frutos.

Esta felicidad grandísima que era patrimonio de los hijos de la Euskaria bajo el cetro paternal de Onajaun, no podía ser mirada sin envidia por otras naciones, ricas y poderosas también, pero regidas por hombres ambiciosos, por tiranos que avasallaban á sus súbditos, por seres viciosos que agotaban todas las fuentes de riqueza del país y llevaban la ruina, la desolación y la muerte por todas partes.

Sabido es que la envidia es mala consejera, y la envidia incitó á uno de los reyes vecinos á la nación euskara á promover guerra al anciano Onajaun, rey bondadoso y tranquilo en el trono, pero denodado é infatigable en el combate.

Burunaiz, señor del imperio vecino, creyó que los euskaros, dormidos en su tranquila vida, serían incapaces de resistir el empuje de sus lanzas, manejadas por manos más diestras en tal ejercicio que en el de remover la tierra ó picar la piedra; y seguro de su victoria, después de buscar recursos en otras naciones amigas, se entró con insultante arrogancia por los dominios del Onajaun, que tranquilo esperaba, al frente de sus tropas, la acometida.

Es de recordar ahora el empuje del ejército de los amorreos en el combate con las huestes de Josué; que si valerosos, entendidos y bravos eran los caudillos que Burunaiz llevaba consigo, numerosas sus ropas y duchas en pelear con enemigos de dentro y fuera, el ejército

de Onajaun no le iba en zaga, y si no tan grande en número, causa justa defendía, pues luchaba en defensa de su territorio y de su rey.

Horrible fué el choque de los dos ejércitos; encarnizada por demás la lucha; pero el triunfo fué de Onajaun y sus huestes, que hicieron traspasar la frontera en vergonzosa fuga á los soldados enemigos que no quedaron prisioneros, heridos ó muertos en el campo de batalla.

La victoria fué completa, habiendo perdido la vida en el combate el mismo Burunaiz, á quien segó la cabeza con su espada el anciano Onajaun, no obstante haber sido herido en el hombro izquierdo por una flecha disparada por su enemigo, que causó la muerte á un valeroso y fiel soldado que entre el dardo y su rey se interpuso.

II.

Ederona.

Fama de hermosa entre las hermosas tenia Ederona, la única hija del poderoso Onajaun; y los trovadores con sus cántigas habian llevado hasta el confín del mundo la fama de su belleza, no comparable con la de ninguna otra mujer.

«El lirio pierde su blancura al lado de su cutis; las perlas no pueden compararse con sus dientes».

«Las alas del cuervo no son tan negras como su cabello, ni las moras como sus ojos».

«De rosa y de leche son sus mejillas, y los claveles más rojos de nuestros campos palidecen junto á sus labios».

«No hay palmera en el desierto tan flexible como su talle; ni las crines de nuestros caballos de guerra son tan largas y abundosas como su cabellera».

«Las aves parleras de más dulce canco enmudecen al oír su voz; y la luz del astro del día teme á la que despiden sus ojos».

Así seguían enumerando las bellezas sin fin de Ederona, la gentil doncella que habia de heredar el trono de su padre Onajaun.

Y en verdad que si por su nacimiento era Ederona princesa de

una de las más poderosas y ricas naciones, por sus virtudes, talento y hermosura era reina del universo.

Cuantas perfecciones imaginables, así de alma como de cuerpo, puede desear una mujer, las tenía reunidas en sumo grado la princesa de Euskaria, amada y bendecida de todos los súbditos de su padre, y admirada de cuantos príncipes había en el orbe.

Buena y hermosa se llamaba, y jamás hubo persona que más apropiado tuviese el nombre.

Por eso había multitud de esclarecidos príncipes que ansiosamente esperaban que la régia doncella llegase á la edad que las leyes del reino marcaban para que las princesas contrajeran matrimonio, y la corte del poderoso Onajaun veíase siempre visitada por augustos viajeros á quienes atraía, más que los esplendores y magnificencias que allí se ostentaban, la decantada belleza de Ederona.

¡Qué de ricos presentes, qué de obsequiosos regalos se recibían en el recio palacio para abrirse con ellos camino al corazón de la princesa! ¡Qué de torneos y fiestas, que de brillantes y gentiles juegos hacían los egregios pretendientes para granjearse el cariño de la heredera del trono euskaro!

Esta, sin embargo, permanecía insensible á los halagos y adulaciones de sus enamorados, y concretábase al cuidado de su anciano padre, más amado y venerado de Ederona cuanto más se acercaba a sepulcro.

III.

La herida de Onajaun.

Triunfantes volvieron á sus hogares los pacíficos habitantes de la nación euskara después de la derrota de las huestes enemigas; sus riquezas habíanse aumentado considerablemente con el botín recogido; alto renombre adquirieron al ceñirse los laureles de la victoria; pero no resonaron los cánticos de gozo que eran de esperar en momento tan solemne.

Lejos de eso, señales inequívocas de honda tristeza reflejaban los semblantes de todos los súbditos de Onajaun, y profundos suspiros

se escapaban de sus pechos y amargas lágrimas corrían por sus mejillas.

¿Cuál era la causa de tanto duelo? ¿A qué obedece tan grave pesar? ¿Cómo no resuenan los himnos de triunfo que siempre acompañan á victorias tan grandes?

Es que el rey se halla postrado en el lecho del dolor; es que Onajaun no descansa un momento por efecto de los intensos dolores que la herida recibida en la batalla le causa.

La medicina es impotente, no solo para curar la herida del emperador de la Euskaria, sino para aliviar los insoportables dolores que sufre; que si en un principio creyeron todos que no ofrecía novedad alguna, de día en día iba perdiendo su vigor y fortaleza el regío enfermo.

¿Cómo habían, pues, de celebrar su triunfo los amantes súbditos de Onajaun, si este se hallaba en tan triste estado? ¿Y cómo Ederona había de dejarse cautivar de ninguno de sus pretendientes, si á su natural discrecion y cordura se unía ahora el pesar grandísimo que laceraba su corazón?

Porque hay que advertir que en tan tristes circunstancias llegó la hermosa princesa á cumplir la edad que necesitaba para poder casarse y que entonces rivalizaron los que se disputaban su corazón y su mano en atenciones y obsequios, desplegando cada cual cuantas prendas físicas y morales le adornaban, y luciendo ante los bellos ojos de Ederona, unos su valor y arrojo en la pelea, otros su apostura y gentileza en los juegos, aquel su riqueza en el vestir, este su cultivado ingenio, el de más allá su hermosura y nobleza.

Ninguno, empero, supo estudiar el carácter de la princesa, distinto por completo de lo vulgar y corriente, y así pasaban los días en tentativas inútiles para agradarla.

ENRIQUE DE OLEA.

(Se concluirá.)



EL BÁLSAMO DE LAS TRES VIRTUDES



(CONCLUSIÓN)

IV.

La receta.

Con rapidez solo comparable á la eléctrica corrió de un extremo á otro del mundo la decisión tomada por la princesa Ederona.

Importunada por tanto y tanto pretendiente en los momentos que más necesidad tenía de que la dejaran sola al cuidado de su padre, dispuso no admitir más obsequios, y al efecto, dió orden á los ministros de que anunciaran su voluntad, añadiendo que solo aquel que curase al rey, noble ó plebeyo, rico ó pobre, sería dueño de su mano.

En cuanto se extendió la noticia acudieron presurosos los más afamados médicos de las cinco partes del mundo, sin que ninguno de ellos consiguiera aminorar un tanto los fuertes dolores que el regio enfermo sufría.

Cuando ya las eminencias médicas se habian retirado tristes y abatidas al verse sin fuerzas, á pesar de su ciencia, para curar la herida de Onajaun, presentóse á las puertas del palacio un venerable anciano de lengua y blanca barba, al que nadie conocia.

Su porte distinguido, su respetable ancianidad, la viveza de su mirada infundian veneración en cuantos le veían, y en el momento que preguntó por la estancia régia dejáronle los guardias el paso franco, sin interrogarle nada ni exigirle documento alguno.

Llegado á presencia del rey, examinó con mucho detenimiento y cuidado sumo la herida, y dirigiéndose á la condolida Ederona la dijo:

—Señora: Con la fama de vuestra singular hermosura llegó á mis oídos la grave enfermedad de vuestro augusto padre y el sacrificio que por su salud haciais, ofreciendo vuestra codiciada mano a aquel que le salve. Premio merece tal acción, y los cielos os lo han de dar cumplido, que el Dios de las alturas, vuestro excelso Jaungoikoa, es sabio, y justo, y misericordioso en sumo grado. Por eso no permite que sea yo quien cure al rey de Euskaria, que equivaldria ese bien á un mal mil veces mayor, toda vez que la unión de vuestra lozana juventud y mi agostada vejez seria para vos un terrible tormento. No temais, pues, bella princesa, que si vengo del más apartado rincón del mundo, no es á curar la herida del poderoso príncipe á quien debéis la vida, sino á predecir que solo el bálsamo de las tres virtudes es el único capaz de curarla, porque el arma con que la causaron estaba impregnada con las pestilentes aguas de los rios de la Duda, de la Desesperación y de la Envidia.

—¿Y qué clase de virtudes son esas del bálsamo?—preguntó la princesa.

—Se llaman Fe, Esperanza y Caridad—repuso el anciano.

—¿Y en dónde podrá encontrarse?

—Hay que componerlo mezclando el jugo de tres raras flores que brotan en las orillas de los rios antes citados, y solo puede encontrarlas el hombre que ni un momento carezca de las tres mencionadas virtudes.

—Y esas flores ¿en qué parte del mundo se han de buscar?—interrogó la princesa.

—En esta nación, y las otras dos más cercanas.

Dicho esto desapareció el misterioso anciano, dejando á todos consternados, porque juzgaban imposible poder dar con las flores indispensables para confeccionar el bálsamo.

V.

En busca de las flores.

La única persona que conservaba alguna esperanza de que se habian

de encontrar las flores, y por consiguiente el bálsamo que había de curar al rey, era Ederona.

Su cariño filial, extremado si extremos caben en el amor de los hijos á sus padres, no podía conformarse á ver al suyo sin remedio para su mal, y esto unido á la simpatía y confianza que sintió por el anciano facultativo, hacíanla esperar con fiada en que la ansiada medicina se encontraría.

Firme en su propósito, consiguió de su padre que publicase un real decreto en el que se decía que solamente aquel que presentara el bálsamo de las tres virtudes sería el dueño de la mano de Ederona.

Al efecto, y para que nadie ignorase qué clase de bálsamo era aquel, en el mismo decreto se repetían las explicaciones del que lo había recetado como único remedio para Onajaun.

En su vista partieron presurosos en busca del codiciado bálsamo cuantos aspiraban á la ventura de unir su suerte con la de Ederona, y eran tantos, que de marchar unidos hubiérase formado un ejército capaz de servir para la conquista de Troya.

El más humilde de todos los expedicionarios era el jóven Zuribiotz, hijo de aquel soldado que perdió su vida por salvar la de su rey, y á quien éste recogió y educó en su palacio, pagando de este modo la heroica abnegación de su padre.

Las bondades que atesoraba el alma de este pobre huérfano solo eran comprendidas y apreciadas por Onajaun y Ederona, pues el resto de las gentes, fijándose no más que en la parte física, lo despreciaba.

En verdad que el jóven era repulsivo, con su rostro y manos siempre cubiertos de negras manchas y purulentos granos; y solo un espíritu grande, que comprendiese el inmenso valor del suyo, podía cerrar los ojos ante la fealdad de la materia.

Agradecido Zuribiotz á los consuelos que el cariño del rey y de su hija le proporcionaban, en el momento que supo que el bálsamo de las tres virtudes podría curar á su bienhechor no vaciló en abandonar las comodidades de la corte para correr en su busca, sin que se le ocurriera pensar en el premio ofrecido, pues nunca fijó sus ojos en la princesa como no fuera para adivinar sus deseos y servirlos.

Cuando algunos principes y magnates que habían tomado el mismo camino que Zuribiotz notaron que entre ellos iba el misero doncel empezaron á burlarle, mofándose de su fealdad y tratándolo de

ambicioso y ridículo, pues aspiraba, con su repugnante figura, á casarse con la mujer mas hermosa de la tierra.

Aquellos hombres, en su refinado egoismo, no concebían que hubiese nadie que por caridad hiciese lo que ellos por ambición, y creían firmemente que el protegido de Onajaun y Ederona emprendía aquel penoso viaje con solo el objeto de escalar el puesto á que ellos aspiraban.

Zuribiotz no hacía caso de los insultos que le dirigían; continuaba silencioso su camino y pedía al cielo que encontrase las flores que buscaban y curase al rey quien fuera digno de llamarse esposo de la virtuosa y bella Ederona.

VI.

Falta de fe, esperanza y caridad.

Pocos dias transcurrieron desde que el ejército expedicionario emprendió la marcha para buscar las tres flores con que habia de hacerse el bálsamo de las tres virtudes, cuando algunos príncipes y ricos hombres que con tal objeto salieron empezaron á dudar de las palabras del anciano médico, al que nadie conocia y á quien juzgaron un embaucador.

De aquí á abandonar la empresa no habia más que un paso, y ese le dieron en breve, puesto que carecian de una de las tres virtudes precisas para encontrar lo que buscaban.

Perdieron la fe, y se retiraron del palenque.

Otros hubo que, después de algun tiempo de viaje, si no dudaron de que existieran las tres flores de que el anciano habia hablado, juzgaron imposible el encontrarlas con datos tan inciertos y oscuros como los que tenian.

A estos les faltó la esperanza, y al punto se volvieron atrás y regresaron á sus casas.

Los pocos expedicionarios que quedaban, casi todos aventureros sin fortuna, fueron poco á poco cansándose del viaje, y aunque se hallaban persuadidos de que las flores existian y no dudaban de que hubiera posibilidad de hallarlas, dijeron que ni la mano de la princesa ni la enfermedad del rey merecian tantos trabajos y fatigas como tenian que sufrir.

Así fué que se retiraron luego, pues la caridad no era su compañera.

Con la desbandada de toda aquella gente quedó solo el cuitado Zuribiotz, más animoso que nunca y más resuelto á proseguir su viaje hasta dar con las medicinales flores.

No le guiaba al joven otro móvil que el agradecimiento, ni aspiraba á otro premio que á la satisfacción de su conciencia, diferenciándose por completo de los que se habian retirado, y que emprendieron la campaña impulsados por el egoismo, aspirando á verse recompensados con la mano de la princesa de más virtud, de más talento, de más hermosura y de más riqueza del mundo.

VII.

Las tres flores.

No se arredró Zuribiotz al verse solo, y continuó su marcha, sin que un momento faltaran de su corazón la fe en las palabras del anciano, la esperanza de que al fin encontraría el tesoro que buscaba, y la caridad hácia su rey y señor.

Sin darse más tiempo de reposo que el estrictamente necesario para el descanso del cuerpo, atravesó casi toda la inmensa nación que gobernaba Onajaun, sin haber encontrado ni una flor de las tres que buscaba.

Una noche, que rendido de fatiga se habia quedado dormido bajo las frondosas ramas de un corpulento árbol, creyó ver en sueños que la princesa Ederona, cubiertos sus ojos con una venda, tenia entre sus manos juntas una extraña flor, por él nunca vista, de un verde precioso.

Despertóse á la mañana siguiente lleno de júbilo y se encontró á la orilla de un rio de aguas cenagosas y en medio de un vastísimo jardín poblado de infinita variedad de flores, entre las cuales descollaba por su belleza, fragancia y magnificencia, la que habia visto en sueños en las manos de la princesa.

Extrajo el jugo de la flor aquella y lo guardó en una cajita que al efecto llevaba, volviendo después á emprender su marcha con más vigor y entusiasmo que antes, hasta que otra noche, luego de haber atravesado la mayor parte de uno de los vecinos reinos, vió de nuevo

en sueños á la princesa junto al lecho de su padre, siguiendo con sus hermosos ojos la dirección de la mano de un ángel, que, al mismo tiempo que señalaba el cielo, sostenía una flor encantadora y no ménos extraña que la anterior, que ostentaba un color azul esplendente.

Al despertarse encontró la flor aquella á la orilla de otro rio de revueltas y espumosas aguas, á cuyos lados brotaban las más preciosas y aromaticas flores, y habiendo extraído su jugo, lo mezcló con el de la anterior.

Continuó Zuribiotz su camino dando gracias al cielo y bendiciendo con todo su corazón al anciano que había hablado del bálsamo; y otra noche en que descansaba de tan fatigosa marcha, al fin de otro de los reinos vecinos, vió por tercera vez, mientras dormía, á la princesa, curando con grande solicitud á su enfermo padre, y á este que ofrecía á su hija una preciosa flor, de blancura asombrosa tan encantadora y rara como las anteriores.

Cuando el sueño huyó de sus párpados vió que a pocos pasos de él corrían las escasas y verdinegras aguas de un rio, a cuya superficie asomaban sus aplastadas cabezas multitud de serpientes de mirar bizco y azorado.

En ambas orillas brotaban innumerables y riquísimas flores que purificaban la atmósfera de las pestilentes emanaciones que exhalaba el rio, y entre ellas, la de aroma más suave y más hermosura y magnitud, era la que en sueños había visto.

Extrajo su jugo lo mismo que el de las anteriores, y lo mezcló con el de estas, lanzando al fin un suspiro de satisfacción, que ensanchó su corazón oprimido.

VIII.

El bálsamo.

No se satisfizo el animoso joven con haber recogido aquellas preciadas flores y extraído su jugo, que su alma creyente necesitaba significar al Señor la gratitud que sentía por tan señalados beneficios.

Postróse en tierra, elevó sus ojos al cielo, y del fondo de su corazón ardiente dirigió una plegaria al Altísimo, disponiéndose así á volver al palacio de Onajaun lleno de gozo.

Empero antes de ponerse en marcha tuvo curiosidad de ver el bál-

samo que en la caja guardaba, para recrearse con su grato perfume y bellísimo color.

Revolvíalo con sus dedos para que el aroma se extendiese más y en esta operación se hallaba cuando observó que de sus manos desaparecían como por encanto las manchas y los granos que tanto le afeaban, tornándolas en blancas y suaves como las de elegante dama.

Ocurriósele entonces frotarse con el bálsamo su repugnante rostro, y asomándose luego á un límpido estanque que en aquel pensil había, vióse Zuribiotz tan otro de lo que hasta el momento fué, que apenas llegó á conocerse.

De aquellas negras manchas, de aquellos purulentos granos, que cubrían toda su cara y le convertían en un ser repulsivo, nada quedaba ya, resaltando su fino y nacarado cutis, adornado por dos ojos azules de dulce y cariñoso mirar.

No se enegó por ello el virtuoso mancebo, aunque se alegró en el alma del poder curativo del bálsamo, pues comprendía por lo que con él hizo que no había de hacer menos con su amado rey Onajaun.

En esta seguridad emprendió el regreso á la capital de Euskaria, con toda la rapidez que le fué posible.

IX.

La recompensa.

Cuando llegó á la corte Zuribiotz solo Onajaun y Ederona se acordaban de él, y eso para sentir su pérdida y llorarla, que después del tiempo transcurrido y de las falsas noticias que propalaron los que del camino se volvieron, nadie creía que el animoso jóven viviese.

El rey entretanto seguía padeciendo, y apenas si le quedaba ya un soplo de vida en aquel cuerpo tan fuerte y vigoroso en días cercanos; abatido y seco como árbol sin savia al presente.

Los más ambiciosos entre los que aspiraban á la mano de Ederona por de pronto y luego á compartir con ella el trono de Euskaria, esperaban ansiosamente que llegase la hora de que Onajaun exhalase el último suspiro, que entonces, pasado el tiempo reglamentario del luto, la princesa se vería obligada á elegir esposo, y alguno tenía que ser el agraciado.

En tal estado se hallaban las cosas en el poderoso reino cuando

penetró en su capital Zuribiotz, que, gracias al cambio operado en él por el bálsamo, de nadie fué conocido.

Al penetrar en palacio aquel arrogante y guapo caballero, ninguno pensó en que fuese el despreciado Zuribiotz, ni él dijo nada por donde pudiese ser conocido.

Llegó á la régia estancia, de la que ni un momento salía la princesa, y solo ella y su padre reconocieron á su fiel servidor, que sin perder tiempo hizo la cura al enfermo, mientras contaba la historia de su viaje y los efectos milagrosos del bálsamo.

A los dos meses, Onajaun, completamente curado, presenciaba, llorando de júbilo y dando gracias á Dios, la unión de Ederona con Zuribiotz, premiando de este modo en el animoso joven su fe, esperanza y caridad.

Como epílogo.

He concluido ya la historia que de los viejos pergaminos logré entresacar, pero me asalta en este momento una duda.

¿Será todo ello cierto? ¿El relato que transcribo podrá tomarse por otra cosa que por una alegoría, una parábola? ¿No será el poderoso reino de Euskaria la porción escogida de este país, su rey Onajaun el Fuero, su hija nuestra querida tierra, Burunaiz quien hirió nuestras libertades y Zuribiotz el país, que debe ser fiel, constante, virtuoso y conservar en su corazón la fe, la esperanza y la caridad en frente de la duda, de la desesperación y de la envidia que han ido minando nuestro árbol secular?

Confieso que al asaltarme esta duda he sentido impulsos de romper lo escrito; mas, pensándolo bien, me ha parecido que, sea lo que fuere, verdad ó ficción, historia ó fábula, relato de hechos ciertos ó emblema simbólico, quizá sirva de algo á mis hermanos los euskaros, y con ese objeto se lo dedico.

ENRIQUE DE OLEA.

Bilbao, Diciembre de 1892.

